

¡RESUCITÓ CRISTO!

El amor-es-más-fuerte-que-la-muerte

José Miguel Núñez

¿Eres tú el único en Jerusalén que no sabe las cosas que han pasado allí estos días? (Lc 24, 18), le preguntó Cleofás a aquel caminante que se les unió por la vereda. “Sí, amigo, lo de Jesús el Nazareno, un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo” (Lc 24, 19). Y sus ojos, con la mirada perdida, expresaron toda la tristeza del que se ha dejado en algún lugar la esperanza.

Santiago me contó aquella tarde el último encuentro con Jesús. El Maestro había querido preparar la Pascua con sus discípulos en casa de Neftalí. Aquella fue una cena de despedida sin que sus amigos pudieran sospechar que estaba tan cerca el final.

Después de la muerte de Jesús, estábamos todos desolados. ¡Había sucedido todo tan deprisa! No habíamos podido evitar el desenlace y nos sentíamos cobardes y desesperanzados, sin saber muy bien dónde nos iba a conducir todo aquello.

Con la mirada perdida, Santiago recordaba las palabras de Jesús: “Tomad, esto es mi cuerpo”; “bebed, esta es mi sangre”. Bajo la sombra de la cruz, con el sepulcro recién sellado, no podíamos comprender que aquellas palabras fueron la expresión de la libertad del que se siente enviado por Dios para cumplir su proyecto liberador. Jesús, ante la proximidad de la muerte, la experimenta como un “trago” solo posible de beber alentado por la expectativa del Reino y sostenido por la fuerza de *Abba*. Al Padre rogó Jesús - rotas las entrañas - que lo sostuviera en aquel trance.

¡Qué torpes fuimos! Solo pudimos comprenderlo más tarde, cuando sucedió lo inesperado.

HACIA EMAÚS...

El atardecer se estaba haciendo insoportable. La vuelta a casa tras el desastre se hacía más dura con sensación del fracaso y la imagen de aquel hombre destrozado todavía en la retina. Emaús no quedaba lejos de Jerusalén y sin embargo ¡qué interminable aquel camino! Nunca hubieran imaginado que todo acabaría así. Atrás quedaban expectativas, sueños de un futuro... Lo cierto es que Cleofás y Josué se volvían a casa derrotados, porque todo se había truncado con el golpe seco y certero de la muerte del Maestro.

Cuando volvieron a Jerusalén al día siguiente, estaban fuera de sí. Parecían enloquecidos y sus palabras causaron estupor en muchos de nosotros.

- *¡Hemos visto al Señor!*
- *¿Qué estáis diciendo!, exclamó Santiago...*
- *¡Hemos visto al Señor! Lo hemos reconocido por el camino... ardía nuestro corazón con su palabra y ha partido con nosotros el pan ¡Era él! ¡Estamos seguros!*
- *Pero, ¿estáis locos?*

A todos nos pareció que estaban fuera de sí. Algunos no les hicieron mucho caso y decidieron continuar con su trabajo. Todo comenzó verdaderamente a cambiar cuando esto mismo empezó a repetirse muchas otras veces...

Pedro, Juan, Magdalena, el grupo de los doce... ¡Todos afirmaban que Jesús estaba vivo! Era verdaderamente desconcertante... El sepulcro donde habíamos dejado a Jesús estaba vacío y no encontramos su cuerpo. Todos afirmaban haber visto al Maestro vivo, sentado ante las brasas en la orilla del lago o en medio de los apóstoles en la casa de Santiago.

¡También yo lo vi!

- *No tengáis, miedo... ¡Estad alegres! ¡Paz a vosotros!*

Nuestro encuentro con el Señor fue real, no estábamos locos...¡Resucitó Cristo, mi esperanza!

¡NO BUSQUÉIS ENTRE LOS MUERTOS AL QUE VIVE!

Sólo entonces comprendimos quién era Jesús, el Hijo de Dios, Salvador. Recuerdo aquellos acontecimientos como los momentos más luminosos de mi vida. A todos aquellos que habíamos compartido con Jesús la pasión por el reino de Dios; a todos los que habíamos alentado nuestra esperanza en su mirada limpia y habíamos partido el pan con él tantas veces; a los que tras la muerte del Maestro en la cruz volvían a su aldea resignados a que todo hubiera acabado, a todos nosotros, el encuentro con el resucitado nos abrió los ojos (*Lc 24, 31*). Una experiencia creyente, un auténtico acontecimiento de salvación acogido desde la confianza en un Dios que no abandonó a su siervo en los lazos de la muerte.

¡Dios ha estado grande resucitando a Jesús de entre los muertos! Arrancándolo de los lazos del abismo, Dios *da la razón* a Jesús y a su mensaje de liberación. ¡Él mismo es el reino nuevo! La fidelidad de Yahveh, tantas veces hecha historia en la memoria del pueblo, se ha hecho plenitud en su hijo resucitado y ha hecho comprender a los hombres que el mal no puede prevalecer sobre el bien.

La experiencia pascual significó para los discípulos la “cima” desde la que poder comprender todo el acontecimiento de Cristo y - desde él - toda la historia de la salvación entretejida, desde la noche de los tiempos, en los avatares del pueblo de la promesa. Jesús, el Señor, es la plenitud de los tiempos (*Gal 4, 4*) y con él sella Dios una alianza definitiva con los hombres. Iluminados por la presencia del Viviente y abierto el corazón al don del Espíritu (*Hch 2, 1-6*), los seguidores del Maestro anunciarán a todos que aquel que fue ajusticiado y muerto en la cruz, Dios - con brazo poderoso - lo ha constituido Señor de la historia.

UN NUEVO EXODO

Esta es la experiencia de aquellos discípulos asombrados y atónitos. Los textos del Nuevo Testamento sobre la resurrección no hacen más que tratar de transmitirnos a través de expresiones paradójicas lo que ha sucedido con Jesús, con quien se han encontrado en su propia historia en su nueva condición de resucitado. Esta era la certeza que anidó en el corazón de los creyentes: Jesús está vivo y su vida es plena y definitiva. ¿Qué significó para la comunidad de los discípulos de Jesús?

La muerte y la resurrección de Jesús son un nuevo éxodo, un nuevo abrirse de las aguas del Mar Rojo que hizo surgir a Cristo de la oscuridad y la tiniebla y lo condujo al reino de la vida por la fuerza del Espíritu (*Rm 1, 4*). Es la Pascua, el “paso” del Señor que conduce con él a todos los que anhelan un futuro más pleno. Y el futuro, en Cristo resucitado, es el futuro de Dios.

PARA EL DIÁLOGO EN EL GRUPO

1. Lee con atención Jn 20. Déjate sugerir por el relato... ¿Cómo podrías contarlo a los demás de tu grupo?
2. ¿Qué sentido tienen para ti las apariciones y el sepulcro vacío? ¿Son la prueba de la resurrección?
3. ¿Cómo viven los discípulos la experiencia de la resurrección? ¿Cómo experimentan la presencia del Resucitado? ¿A qué les compromete?
4. Y tú, ¿tienes experiencia del Resucitado? ¿Qué ha supuesto en tu vida el encuentro con el Viviente?
5. ¿Crees en Cristo Resucitado, vivo y operante en tu historia? ¿Qué consecuencias tiene tu fe para ti hoy?